

# Malestar burocrático, violencia y adaptación en la universidad neoliberal

Bureaucratic Malaise, Violence, and Adaptation within the Neoliberal University

Javier López Alós

*Investigador independiente*

## RESUMEN

Este artículo tiene como objetivo señalar algunos de los efectos de las transformaciones de la burocracia en el mundo académico y, más en particular, sobre la subjetividad académica. Para ello, se analizan los modos en que las innovaciones de índole administrativa han alterado no sólo sus instituciones, sino también los comportamientos y actitudes como las expectativas y auto-comprensión de las personas de un modo u otro vinculadas a la vida académica. Se describe el malestar burocrático como uno de estos efectos y se examina la inserción de estos cambios en una lógica de explotación de los cuerpos a los que se disciplina mediante un repertorio de prácticas que, como en el caso de las aplicaciones, demandan la propia participación de quienes las sufren. Antes que una descripción de la burocracia universitaria actual, se trata más bien de una reflexión sobre lo burocrático de lo universitario hoy, su significado para la definición de la profesión académica, sus modos de productividad y violencia, sus múltiples ambivalencias y las formas de adaptación que genera. Entre éstas, se concede especial atención al burocratismo.

**PALABRAS CLAVE:** burocracia; universidad neoliberal; capitalismo académico; adaptación a la norma; malestar burocrático.

## ABSTRACT

This article aims to highlight some of the effects of bureaucratic transformations within academia, particularly on academic subjectivity. To this end,

it analyses the ways in which administrative innovations have not only altered academic institutions but also the behaviours, attitudes, expectations, and self-perception of individuals connected to academic life in one way or another. Bureaucratic malaise is described as one of these effects, and the article examines how these changes respond to a logic of exploitation of bodies, disciplined through a repertoire of practices that, like software applications, require active participation. Rather than providing a description of the current state of university bureaucracy, this work offers a reflection on the bureaucratic nature of universities today –its significance for the definition of the academic profession, its modes of productivity and violence, its multiple ambivalences, and the forms of adaptation it generates. Among these, bureaucratism deserves special attention.

KEY WORDS: bureaucracy; neoliberal university; academic capitalism; adaptation to the norm; bureaucratic malaise.

## INTRODUCCIÓN

Llamamos *universidad neoliberal* a la reconfiguración del espacio de la educación superior a partir de criterios de gestión empresarial, proceso cuyos resultados, en mayor o menor grado, pueden verse a lo largo de todo el mundo. El término, que se encuentra íntimamente vinculado al de *capitalismo académico*, implica no sólo modificaciones sobre la manera en que se organizan y gestionan las actividades consideradas propias de la institución, sino que supone la incorporación de tareas nuevas a menudo percibidas como ajenas a la profesión y, característica fundamental para una teoría del malestar, implica la reevaluación obligatoria de todos los agentes del sistema a la luz de estos parámetros.

Las próximas páginas tienen por objetivo interrogar los modos en que las innovaciones de índole administrativa han alterado tanto los comportamientos y actitudes como las expectativas y la autocomprensión de las personas de un modo u otro vinculadas a la vida académica, no únicamente las instituciones en que desarrollan (o, dado el significativo número de quienes no están adscritas a ninguna, aspiran a desarrollar) sus carreras. La sustitución del ideal de cooperación por el de competencia y las políticas de producción de precariedad y (auto)explotación son manifestaciones particularmente elocuentes de ello. Por tanto, definiremos *malestar burocrático* como el conjunto de síntomas resultantes de la obligación cotidiana de satisfacer unos procedimientos cuya finalidad y forma

no se comparte. En el primero de los casos, ni siquiera tiene por qué conocerse. El malestar burocrático no se refiere a la tarea concreta o puntual, sino al hecho de que la indisposición del sujeto hacia un sinnúmero de normas y trámites que tiene por prescindibles sea del todo indiferente. La frecuencia con que esa inquietud debe ser reprimida se torna clave en la configuración del malestar burocrático, que también cabe ser interpretado como la extensión generalizada de la desazón y fastidio frente a la omnipresencia de los trámites administrativos en la vida académica.

Como enseguida veremos, el carácter prescriptivo de estas novedades y el imperativo de adaptación a la norma gerencialista presentan ciertos rasgos susceptibles de ser encuadrados en la categoría de violencia. Por violencia entenderemos aquí la imposición de una voluntad sobre otra que carece de fuerza suficiente para resistir. O sea, calificamos como violenta la situación en la cual la libertad de un sujeto queda suspendida por el ejercicio de una fuerza ajena que se dirige a limitar su conducta. La violencia, pues, es el uso de algún tipo de fuerza (no sólo física, hablamos de cualquier elemento contingente dispuesto intencionalmente) en menoscabo de la libertad y derechos de un individuo para producir una determinada conducta e impedir la posibilidad de otras. En este sentido, comprenderemos la precariedad como condición de vulnerabilidad ante la violencia y el abuso, en sus múltiples dimensiones: laboral, emocional, física, simbólica, sexual, epistémica, etc. La precarización (la producción consciente de precariedad) conlleva un estado de genuina exposición a la violencia, en la medida en que obliga a los individuos a modos de vida que no querrían tener y, sobre todo, dificulta la sola imaginación de modos de vida que sí querrían tener al generar la idea de que no existe alternativa a la adaptación (López Alós, 2019).<sup>1</sup>

En aras de una comprensión de la racionalidad específica de los procesos en lo que tienen de socialmente significativos, con el apoyo teórico de estudiosos de la burocracia como Max Weber, Robert K. Merton, Richard Sennett, Pierre Bourdieu, Béatrice Hibou o David Graeber, en este artículo empezaremos planteando una reflexión sobre *lo burocrático* de lo universitario hoy y su sentido para la definición de la profesión académica, la cual ha incorporado modos y principios de gestión característicos del mundo de la empresa. Antes que una descripción de la burocracia universitaria actual y sus efectos más perturbadores, observaremos la relación de estas

---

<sup>1</sup> Sobre los diferentes modos de adaptación a la norma/anomía académica, remito a mi libro *Homo postacademicus. De la reproducción a la supervivencia* (en prensa). Para una genealogía del concepto neoliberal de adaptación, vid. Stiegler 2023.

transformaciones con los diversos malestares que acucian a los sujetos que en su día a día han de integrarlas y replicarlas, así como la funcionalidad de dichos malestares para el incremento de la producción. Así, uno de los aspectos a los que este escrito concede más trascendencia para la comprensión del malestar burocrático es la cantidad de ambivalencias que provocan las actividades relativas a la gestión, asunto que, aunque aparece en distintos momentos del texto, contará con un apartado específico.

El planteamiento que aquí presentamos concuerda con el enfoque weberiano de Béatrice Hibou sobre la burocracia neoliberal como tipo ideal cuyos efectos son independientes de cualquier plan y resultan de la propia lógica interna de las acciones sociales. En la misma línea, nos resultan útiles las alusiones de Hibou al análisis de la burocracia propuesto por Claude Lefort como formación social antes que como una estructura exenta. Ello implica un desplazamiento de nuestra atención hacia las dinámicas sociales para explicar los comportamientos, en lugar de centrarnos en los burócratas como individuos o como cuerpo. De ahí que no nos interese la mera descripción y lamento de prácticas burocráticas específicas percibidas como molestas, inútiles o alienantes. Máxime, añadiríamos, cuando lo que pretendemos subrayar es que, de un modo u otro, todos albergamos ya la *condición burocrática* en nuestro día a día. De este modo, las funciones de control y dominación se redefinen mediante nuestras prácticas como sujetos; no sólo incorporamos voluntariamente ingentes cantidades de información a sistemas centralizados, sino que contribuimos también al perfeccionamiento de los protocolos para hacerlos más eficientes. Trayendo toda esta cuestión al terreno universitario y de la investigación, sostendremos que la burocracia académica tiene una productividad autónoma, en tanto multiplica sus propios procesos, y tiene una productividad social también, en tanto ocasiona nuevas relaciones sociales y jerarquías.

Las respuestas adaptativas a toda esa productividad, proponemos, ofrecen un abanico de posibilidades –desde la conformidad a la rebeldía, pasando por la innovación, el ritualismo y el retraimiento– a partir del esquema propuesto por Merton (1995: 209-239) para explicar la funcionalidad de la conducta desviada en un marco social determinado a partir del grado de coincidencia individual con los valores dominantes y los medios disponibles. En este artículo, nos centraremos sobre todo en una lectura en clave mertoniana del burocratismo, como una solución adaptativa al medio institucional que, aun con posibles elementos de innovación, en buena medida puede asimilarse al ritualismo.

Por último, analizaremos el modo en que toda la lógica expuesta se concreta en la protocolización automatizada de las aplicaciones informáticas y algunas

de sus consecuencias corporales. En este contexto de exacerbación de la competitividad, aumento de la productividad y extracción de valor, merecerán especial atención los dispositivos curriculares y de autoevaluación como representaciones expresivas de la insoluble tensión entre el compromiso de precisión y la necesidad funcional de proyección de una imagen que, como un Procusto que durmiera en casillas de un formulario, debe estirarse hasta el descoyuntamiento o recortar partes esenciales de su propia identidad y actividad profesional para poder encajar.

## 1. NUEVA BUROCRACIA Y UNIVERSIDAD

Béatrice Hibou define “el neoliberalismo como un hecho burocrático universal y a gran escala”.<sup>2</sup> Siguiendo esta línea, a la hora de comprender en qué consisten nociones como la universidad neoliberal, el gerencialismo universitario o el capitalismo académico (y los malestares que genera, también susceptibles de burocratizarse) se hace imprescindible detenerse en el análisis de su dimensión burocrática. Para empezar, señalemos una de las características distintivas de su forma contemporánea, que tiene que ver con su espacialidad. En la llamada burocracia weberiana, se daba una clara compartimentación de los espacios público de la función y privado de la vida personal.<sup>3</sup> La virtualización de la burocracia y el desarrollo tecnológico de dispositivos portátiles han modificado las bases de esta separación. Esta falta de demarcación (cualquiera, desde cualquier sitio, a cualquier hora) intensifica la percepción subjetiva no ya de estar invadidos por la burocracia, sino de estar atravesados por ella.

Hay una constelación de expresiones que dan cuenta de un paradigma burocrático diferenciado: postburocracia, nuevos modelos de gestión, gerencialismo, nueva burocracia, burocracia de la nueva economía, etc. O, como propone Béatrice Hibou, burocracia neoliberal. A grandes rasgos, lo que se plantearía es un cambio profundo en el desempeño de las funciones burocráticas en paralelo al desarrollo de los medios digitales y los sistemas de

---

<sup>2</sup> En la edición en inglés: “neoliberalism as a massive and universal bureaucratic fact”, (Hibou, 2015: xiii).

<sup>3</sup> “La organización moderna burocrática distingue en principio entre la oficina y el despacho particular, pues separa en general la actividad burocrática, como sector especial, de la esfera de la vida privada, y los medios y recursos oficiales de los bienes privados del funcionario” (Weber, 1969: II, 17).

datos, a partir del cual se presupone la participación activa de cualquier individuo en los procesos de recolección, almacenamiento y trámite de información. A esta corresponsabilidad operativa se sumaría la asunción de valores como los de calidad, participación y servicio en aras de una cultura de auditoría de inspiración empresarial. Ciñéndonos al ámbito académico, esto se ha traducido en el aumento de la carga burocrática en el día a día de cualquier individuo y una peculiar desfuncionarización de la tarea: en efecto, los cometidos burocráticos no son algo exclusivo del cuerpo administrativo, sino que constituyen una condición de posibilidad para cualquier otro desempeño. Al mismo tiempo, sin embargo, el peso específico del personal administrativo no ha hecho más que incrementarse. La razón es clara: la burocracia no cesa de crecer y la transferencia de buena parte de sus cometidos al individuo no especializado no es en realidad una comisión o un descargo, sino un suplemento de su hipertrofia.

No parece exagerado afirmar la existencia de una percepción generalizada en el mundo universitario y aledaños acerca del exceso de exigencias administrativas.<sup>4</sup> El estatuto que viene a ocupar la parte burocrática del trabajo es hoy un aspecto fundamental por tres razones básicas. En primer lugar, podrían mencionarse las históricas, en lo que supone hoy la descripción de cometidos esperables y exigibles para la profesión universitaria en comparación con cualquier otro tiempo pasado. Porque ya el mismo desempeño académico implica el principio gerencial. Se tenga un contrato por horas o se dirija un departamento, una significativa porción de la jornada se consume en tareas de tipo administrativo de gestión y registro. No es una novedad menor. No hay forma de escapar de eso, podría asegurarse, de la misma manera que *eso* se ha convertido en una vía para escapar de otras cosas y desarrollar un *cursus honorum* alternativo al basado en las tradicionales tareas universitarias de docencia e investigación. En segundo lugar, la desfuncionarización burocrática se ha visto acompañada de una progresiva desprofesionalización de la vida académica e intelectual. Esto supone que la dimensión burocrática de este tipo de vida afecta incluso a quienes no logran hacer de ella su profesión. Ni siquiera estar fuera de cualquier institución universitaria o cultural exime del yugo burocrático (“pedirlo todo”, “presentarse a todo”). En tercer lugar, la paulatina asimilación de la universidad a servicios de educación superior y producción científica ha

---

<sup>4</sup> Por poner un ejemplo, en un reciente estudio del Sector de Enseñanza de la Unión General de Trabajadores, que incluía docentes de todas las etapas educativas, incluida la universitaria, se concluía que el 85,8% del profesorado manifestaba diversos grados de insatisfacción con respecto a la carga burocrática que acarrea su trabajo (UGT, 2025).

supuesto también una racionalización burocrática de los modos de juzgar su funcionamiento a través de evaluaciones contables de toda índole, incluyendo factores como satisfacción y productividad. Se esté dentro o fuera, arriba o abajo, en la tarima o en el pupitre, todo el mundo evalúa y todo el mundo es evaluado. Todo el mundo es, entonces, objeto y sujeto de la burocracia al mismo tiempo, con una intensidad y alcance inéditos hasta ahora. La evaluación se ha convertido en el común denominador que sobrevive a cualquier fragmentación disciplinar.

Por si fuera poco, esta desproporción burocrática no se limita a actividades o proyectos extraordinarios, sino que se ha instalado en la práctica cotidiana de una profesión saturada de cometidos cuyo sentido último interpela lógicas hasta hace poco ajenas al propio campo. En un entorno laboral con unos índices de precariedad notablemente altos,<sup>5</sup> es como si, en ese rodar en la noria hasta la extenuación, se le pidiese al ratoncito que contara el número de vueltas que da, que calculara cuánto tarda en cada una y adjuntara gráficos y recibos de un trayecto que no lo lleva a ninguna parte. No es inesperado, entonces, localizar externalidades negativas en todos los estratos: la enorme cantidad de trámites que hay que realizar, gran parte los cuales se perciben como absurdos y hasta lesivos, desincentiva la elaboración de muchos proyectos y solicitudes. Este filtro, que se aplica también fuera de la universidad, en la medida en que se exige mucho tiempo para un empeño de resultado incierto, deja fuera a una porción de menesterosos universitarios que no se pueden permitir “presentarse a todo”. Pero también produce el retraimiento de otros en el segmento más asentado, que lo que se puede permitir es justamente lo contrario, no presentarse a nada.

Mucho del *malestar burocrático* en la universidad podría reconocerse en la frustración que produce dedicar ingentes cantidades de tiempo a cumplimentar todo tipo de documentos en los que se explica con gran detalle lo que se quiere hacer o lo que se ha hecho o lo que se supone que se ha hecho o se hará, incluyendo cuándo, cómo, por qué y para qué, de manera que tales descripciones y su procesamiento pueden requerir más dedicación que la actividad en sí, si es que ésta llega a realizarse. Pero el malestar burocrático tiene que ver también con cuestiones más profundas, como una tensión entre representación y verdad. En el límite, la *representación* burocrática cobra tal protagonismo que su valor excede el de la cosa representada. *Lo que cuenta* es lo certificado y cuyo registro cabe esgrimir, así

---

<sup>5</sup> Para el caso español, puede verse Dueñas, Macho y Llamas, 2022.

que no es de extrañar que acabe convirtiéndose en un fin en sí mismo.<sup>6</sup> Desde luego, semejante relación estimula la mala conciencia de quien firma algo que sabe que está exagerando o no es del todo cierto, a la vez que otorga una prima de impostura que beneficiará la mala praxis sin complejo ni remordimiento. Ambos casos presentan la ambigüedad de la verdad burocrática: su validez es autorreferencial, funciona en el propio marco, resultando verdad aquello que es reconocido en el mismo sistema de producción de verdad. Si tenemos esto en cuenta, por mucho que la nueva burocracia suponga una implicación del individuo en los procedimientos (que él lleva a cabo en buena medida) y en los fines (en teoría lo hace para sí), se torna muy complicada la posibilidad de una auténtica identificación con la tarea. Consecuentemente, la contradicción aflora y la integración subjetiva es problemática.<sup>7</sup>

Coincidiendo de nuevo con Hibou, cabe subrayar que la adopción de principios y técnicas gerenciales no ha supuesto únicamente la transformación de las instituciones, sino también la de la identidad de los académicos y sus percepciones sobre sí y su experiencia en el trabajo. La burocracia hoy refleja también la importancia de la relación dentro-fuera para dar cuenta de las transformaciones en torno al mundo académico. Mientras que alguien con un puesto estable puede sentir que la burocracia asfixia toda posibilidad de una vida intelectual libre y creativa, para – llamémosle así– el tipo de sujeto “aspirante” característico del precariado, la burocracia puede llegar a configurarse como el único punto de contacto tangible con la institución. El trámite burocrático es el timbre de entrada, el acuse de recibo, un certificado de posibilidad, una fe de vida: existes.

---

<sup>6</sup> Con la expresión “estalinismo de mercado”, Mark Fisher daba cuenta de esa presión para representar la realidad de modo que ajuste con la oferta: “lo que el capitalismo toma del estalinismo es esta primacía de la evaluación de los símbolos del desempeño sobre el desempeño real”, (Fisher, 2017: 55). Lo decisivo para nuestro enfoque es que ese esfuerzo no es privativo de la una administración que desea proyectar una imagen, sino que se revela inmanente a la propia condición de (la) posibilidad laboral universitaria.

<sup>7</sup> En palabras de Fisher: “La frustración del maestro es que parece que su trabajo se dirige más y más a impresionar al gran Otro que examina y consume los «datos» que él provee” (63).

## 2. AMBIVALENCIAS DE LA BUROCRACIA

Como ya explicara Max Weber, una de las características fundamentales de la burocracia moderna es su afinidad con el orden, la estabilidad y la regularidad. Estas tres cualidades, por lo demás, son la base de la previsibilidad. La seguridad no es sólo un valor de los procedimientos, sino de la misma noción de profesión y las condiciones aparejadas a su estatus. El propio sociólogo alemán era consciente de que todos estos rasgos podían generar efectos negativos también, como anquilosamiento o corrupción. Sabemos que una parte sustancial del discurso que ha acompañado la mutación neoliberal descansa sobre nuestro deseo de evitar el entumecimiento rutinario. Desde este punto de vista, la burocracia actual de las aplicaciones, mediante sus atractivos diseños, procura a toda costa prevenirnos de la fatiga por monotonía. No en vano, los requerimientos de atención y la imposibilidad de sortear las restricciones automáticas reducen la probabilidad del temido tedio. Es decir, la burocracia es percibida como algo molesto e insufrible, pero ya no pertenece a una escala de tiempo que se dilataba indefinidamente y que, por su impecable regularidad y falta de sorpresa, producía hastío.<sup>8</sup> Por el contrario, hoy debemos jugar con los plazos y con los impredecibles efectos de la última innovación en los procedimientos en sí. Cuando se trata de una solicitud, cada pequeño trámite, cada pantalla, cada transferencia de datos a una plataforma incluye la posibilidad de una catástrofe, no ya por la negligencia o arbitrariedad de ningún funcionario, sino como resultado de nuestra propia torpeza para interpretar los signos. Todo se siente a un *clic* de perderse y las consecuencias pueden ser literalmente irreparables. Así, en determinadas circunstancias, en lugar de orden y seguridad, la burocracia nos produce la sensación de falta de control e indefensión, además de por el resultado de nuestras gestiones, por el mismo hecho de unos trámites que llevamos a cabo con nuestras propias manos. Ésta es una de las grandes diferencias, ya no es el guardián kafkiano, sino el tecnológico.

Sin embargo, como observara David Graeber, la burocracia tiene también un aspecto atractivo en su impersonalidad (Graeber, 2015). Además, sus acciones más mecánicas sirven de reposo mental y emocional a base de operaciones sencillas que se repiten sin riesgo alguno. Por su insignificancia, determinadas tareas administrativas del día a día son sentidas como pequeñas liberaciones de la presión sobre el trabajo y el imperativo de rendimiento máximo. En

---

<sup>8</sup> Naturalmente, no estamos refiriéndonos a la seguridad o inseguridad del resultado de los procedimientos, sino al que lleva aparejado su realización. En Kafka y Dostoievski respectivamente se representarían ambos casos.

tales momentos, esos trámites de baja intensidad son desconexiones de lo importante y, del mismo modo que nos distraen de nuestras obligaciones principales, nos alivian de la culpa por su incumplimiento: no estamos haciendo lo que deberíamos estar haciendo, pero no ha sido una jornada perdida, hemos traspasado todos estos datos al sistema. Por su capacidad para mantenernos siempre ocupados, la burocracia tiene también efectos compensatorios y es una gran provisor de excusas y conductas evitativas. Esta ambivalencia de la burocracia por la que un mismo conjunto de trámites es y no es una pérdida de tiempo según la predisposición hacia otras tareas, constituye un atributo que ayuda a comprender la rapidez con la que se ha expandido el paradigma empresarial por todas partes.

Otra manifestación de ambivalencia podemos identificarla en el modo en que se integra la conciencia de inutilidad de una tarea en los mecanismos de valoración laboral del conjunto de obligaciones profesionales. Richard Sennett aborda el modo en que la cultura del nuevo capitalismo promueve los sentimientos de inadecuación, insuficiencia e inutilidad ante una clase de exigencias que el sujeto no se percibe en condiciones de satisfacer (2006: 74-113). Aplicando estas ideas a nuestro caso, podemos sostener que en el ámbito universitario, las tareas burocráticas se han convertido en algo más que una fuente de fastidio o una simple carga indeseada y producen una desvalorización simbólica del trabajo académico y desafección, al tiempo que constituyen un requisito imprescindible en la carrera profesional y no es extraña la confusión de un sujeto con su currículum vitae normalizado: como profesional, se es lo que el documento recoge y en la forma en que lo hace.

Asimismo, lo que ya Merton llamó el ritualismo (1995: 229s), al tener que limitar al fuero interno toda diferencia de criterio y llevar a cabo acciones que –cuando no sirven para nada–, como mínimo, no son las más razonables con arreglo a sus fines, se compadece también con la sensación de inutilidad. Es decir, por mucho y muy bien que se cumpla, la sospecha de que la tarea o el procedimiento es fútil, lejos de desaparecer, a menudo acaba convirtiéndose en convencimiento. Porque además, por su propia naturaleza, la lógica burocrática puede producir inutilidad, pero difícilmente puede integrarla: forma parte de la productividad de la burocracia su capacidad para asimilar todo acto absurdo o pérdida de energía a través de nuevos procedimientos que capturen y den cuenta de la deficiencia correspondiente. Incluso, aunque ese mecanismo de control conlleve una merma de recursos mayor que la que se pretende atajar.

A nivel individual, este tipo de contradicciones internas, quizá más aún en un entorno que se precia de distinguirse por su capacidad crítica, muestran la complejidad de la interiorización subjetiva del régimen burocrático. Se puede

sentir que se está perdiendo el tiempo miserablemente y a la vez perder aún más tiempo tratando de que los demás cumplan con lo que uno mismo sabe que es una pérdida de tiempo. Desde luego, esto tiene algo que ver con ese placer secreto de la burocracia al que Graeber se refiere en *La utopía de las normas* (2015), pero apunta también a las necesidades de autoafirmación individual en un contexto de inseguridad. Los ejemplos nos resultarán familiares: podemos declararnos en contra de una cuantificación inquisitorial –ergo con notables dosis de arbitrariedad– y de las sociedades de control a las que contribuyen, pero cuando las métricas nos favorecen, entonces parece suspenderse el escepticismo crítico ante la construcción de una realidad basada en registros estadísticos y esgrimimos nuestro índice de impacto o la última encuesta de satisfacción del alumnado en la que salimos bien parados. No tiene que ver con la hipocresía de cada cual, sino con una falla característica de la representación burocrática, que empuja a una disonancia cognitiva a la que también hay que adaptarse de la manera más favorable a los propios intereses. O sea, más competitiva. Pero, y esto es clave, esa adaptación no significa neutralización: la disonancia sigue ahí y molesta, por más que en el día de hoy podamos incluso presumir de buenas notas en las redes sociales. O, al modo del doble agente, compensar una adaptación ritualista a la institución con un perfil rebelde fuera de ella.

### 3. BUROCRACIA, PRODUCTIVIDAD Y EXPLOTACIÓN

La relación entre universidad y sociedad ha devenido en la implantación de toda una maraña administrativa destinada a demostrar que ni la institución ni, sobre todo, el sujeto universitario está cerrado sobre sí o, por decirlo con palabras más precisas, está demasiado *concentrado*. En la práctica, se trata de un disciplinamiento burocrático de la profesión académica. Hay que asegurarse de que hace lo que tiene que hacer y como lo tiene que hacer y no se ensimisma, aun a despecho de que pierda todo sentido de mismidad en cuanto universitario. Como estamos señalando, la homologación burocrática en los términos gerenciales de inversión y beneficio implica una revisión tanto de la identidad de la institución y de sus individuos como de la producción.

Este requisito de prueba o proyección es la clave de bóveda del sistema. Ahora, se trata de emitir las imágenes oportunas para la legitimación de la actividad profesional. Se asume como punto de partida que la universidad es exterior a la sociedad y que debe aproximarse a ella, para lo cual, entre otros procedimientos de mercantilización, *el relato administrativo* es

imprescindible. Ello afecta también a la institución misma. Se explica así cómo, frente al malestar y toda suerte de abusos, la estrategia habitual sea la reducción burocrática del problema. Su campo semántico: registro, evaluación, aplicación y compromiso de revisión de protocolos, dilaciones, archivo, precedentes, código de buenas prácticas. La universidad, sin necesidad de abordar las causas estructurales de los fenómenos indeseados, asimila padecimientos a casos particulares e injusticias y trapacerías de toda índole a una cuestión de mala praxis, en vez de como un tipo de adaptación lamentable y oportunista a un sistema a la postre poco virtuoso. Desde semejante perspectiva, la burocratización del malestar y la queja cobra pleno sentido (vid., por ejemplo, Ahmed, 2022; Massó Guijarro, 2022; Bernardo, 2021).

Entonces, el universitario no es alguien que se dedica de manera primordial a la adquisición, mejora y transmisión del conocimiento, sino a dejar constancia de que lo hace (sea del todo verdad o no) y a buscar los medios materiales que le permitan hacerlo (da igual cómo). Desde luego, esto también produce impotencia y frustración, cuando no cinismo predatorio, así como la previsible merma en la calidad de un trabajo burocrático que se vive como una condena y que no se puede separar ya ni de la docencia ni de la investigación. Es en este esquema donde nos encontramos con el académico convertido en emprendedor de sí mismo, pues la progresiva complicación y exigencia burocrática ha convertido su dominio en una suerte de arcano indescifrable para algunos y un *cursus honorum* alternativo para otros.

Como sabemos, el potencial renovador de las élites merced a la burocracia es un clásico del pensamiento sobre el poder desde al menos los tiempos de Alexis de Tocqueville. Por acudir a momentos más recientes, Richard Sennett explica cómo la financiarización de la economía produjo el ascenso de una nueva clase burocrática en el mundo empresarial (2006: 37-39). Pues bien, algo similar puede detectarse con la progresiva consolidación del capitalismo académico y el consiguiente surgimiento de una nueva clase de burócratas universitarios y los cambios en la jerarquía. No es ya la autoridad del preboste académico y sus influencias, sino la habilidad política y de intermediación administrativa como forma de promocionar en la escala. Es muy llamativo observar también cómo en muchos casos la vía burocrática es concebida como inversión intelectual a largo plazo: en algún momento los cargos de gestión actuales liberarán tiempo para la investigación futura. En todo caso, como detectara Bourdieu, hay un desajuste difícil de resolver entre el tipo de poder que proporcionan esas tareas en un entorno en el que las fuentes de aprecio y prestigio son de otra naturaleza, que incluso llega a entenderse como opuesta. En palabras del sociólogo francés: “Se comprende también la profunda ambivalencia de los universitarios que se dedican a la

administración, con respecto a aquellos que se consagran, y con éxito, a la investigación” (Bourdieu, 2008: 134).

El trabajo debe verse. En un sistema competitivo como en el que nos movemos, no llamar la atención, la discreción como recurso de camuflaje, tiene el inconveniente de que puede confundirse con falta de motivación y, más aún, de actividad. Al haber de plegarse a una rígida forma burocrática, la práctica dominante del principio de rendición de cuentas propende a una hiperproducción sin más propósito que poder seguir produciendo sin levantar demasiadas suspicacias. Si a la postre se trata de una rendición de cuentas escasamente razonada es porque las razones aquí son lo de menos: más importante incluso que la realización de una actividad o un trabajo es su registro y visibilización, que es lo que introduce la posibilidad de una futura rentabilización y aleja el castigo. A lo cual hay que añadir que la gobernanza neoliberal no se conforma con el cumplimiento de las exigencias de producción, sino que exige también la adhesión afectiva a las mismas.

El optimismo corporativo, la identificación con “los valores de la institución”, son variables que pertenecen a la realidad laboral de nuestro presente, según puede comprobarse en cualquier entrevista de trabajo. Por este motivo, la adaptación ritualista, en suma, no es plenamente competitiva, pues adolece de la falta de entusiasmo y capacidad de iniciativa, que se reducen a mera declaración. A nuestro entender, de aquí se derivan dos fenómenos, uno pasivo y otro activo, que, por lo demás, no es raro que coincidan en una misma persona. El pasivo sería el malestar, pues, si bien el ritualismo, en la medida en que supone actuar según lo previsto, reduce la ansiedad de las decisiones, la posibilidad del error y las eventuales represalias por desobediencia, no termina de satisfacer las demandas de adecuación subjetiva al sistema universidad-empresa: no basta con hacer lo que hay que hacer, sino que debe creerse en ello.<sup>9</sup> Hay, por tanto, una tensión muy difícil de resolver y el temor y la ansiedad pueden aparecer por otros motivos, como el de que se descubra la desafección o sufrir relegación respecto a quienes muestran más eficazmente conformidad. Y, desde luego, como ocurre en cualquier situación donde se actúa en función de unos valores que no se comparten, acontece un malestar que tiene que ver con la incongruencia. A fin de cuentas, asumir una imposición nunca puede ser satisfactorio. Pero este ritualismo presenta también una declinación activa, que es el burocratismo. No nos referimos únicamente a la asunción y reproducción del régimen

---

<sup>9</sup> Si alguien tiene dudas sobre el alcance invasivo de éstas, sólo tiene que consultar los requisitos personales de cualquier oferta de trabajo en las universidades de Estados Unidos y el Reino Unido, por ejemplo.

burocrático, sino a su conversión en recurso adaptativo, a la generación de nuevos procedimientos burocráticos como signo externo de conformidad.

En sus derivas más cínicas, el burocratismo se parece a lo que Merton llamaba *innovación*, pero con la notable salvedad de que se sirve de métodos que no sólo no están proscritos, sino que además cuentan con el favor institucional. De nuevo, no importa qué se piense de los valores; lo decisivo es cómo se cumpla con el cometido previsto y, en lugar de un desempeño impecablemente gris, capaz de sembrar dudas sobre una posible discordancia ideológica con la institución, resulta mucho más productiva la militancia burocrática. Si atendemos a su dimensión funcional, podemos relacionarlo con la figura del “héroe burocrático” descrita por Bourdieu:

“Hay héroes de lo oficial. El héroe burocrático es alguien cuya función principal es permitir al grupo seguir creyendo en lo oficial, es decir, en la idea de que hay un consenso de grupo sobre cierto número de valores inquebrantables en las situaciones dramáticas donde el orden social se encuentra muy cuestionado. Tiene, pues, el papel del profeta en las épocas de crisis, cuando nadie sabe ya qué decir” (Bourdieu, 2012: 35).

Desde el punto de vista del análisis de los mecanismos de adaptación, algo clave de esta caracterización es que el hecho de permitir o fomentar que el grupo siga creyendo –ahí también la particular tragedia que acecha a este héroe– no implica necesariamente que él mismo crea. Sea como fuere, aun en los casos en los que el profeta resulta ser agnóstico, mantener su condición exige que se haga visible, para lo que habrá de producir nuevos signos, o sea, nuevos procedimientos.

El hecho de obedecer, la renuncia a los efectos de un cuestionamiento de los medios o de la relación de éstos con unos fines con los que no hay identificación, sin embargo, carece de efectos suspensivos sobre la capacidad de juicio. De este modo, forma parte de la experiencia cotidiana de cualquiera el hacer cosas que consideramos absurdas pero de las que no podemos escapar. Cuando algo así se torna la norma del día, la disonancia produce malestar. Mucho más cuando, como en el caso del burocratismo, la conducta no se define únicamente por el estricto cumplimiento del procedimiento indicado con independencia del grado de estupidez que detectemos en él, sino por su disposición a colaborar en que dicho procedimiento se extienda y sea observado por más y más personas.

Todo lo que acabamos de describir ayuda a explicar la aparente ineluctabilidad de las adiciones burocráticas que acompañan cada cambio en el organigrama de facultades, departamentos o cualquier mínima unidad de

gestión. El burocratismo implica la adhesión a los medios institucionales previstos a través, no sólo de su rigurosa aplicación, sino, sobre todo, de su ampliación y perfeccionamiento al objeto de registrar con mayor precisión y eficiencia cada recurso (en especial, los “recursos humanos”), con el consiguiente incremento de la carga de trabajo. El burocratismo descubre en estos procedimientos una forma reconocible y manifiesta de dejar constancia de su aportación. Tiene, por tanto, un efecto multiplicador a partir de una adaptación individual tal que así: justifico mi trabajo mediante la generación de trámites que obliguen a los demás a justificar el suyo. Si tenemos en cuenta que muchos de esos “demás” no son ajenos a este tipo de solución, entenderemos que la maraña burocrática no pueda sino tender al infinito. Así las cosas, la burocracia universitaria se orienta al objetivo de maximizar la extracción de valor y su objetivo de aumento de productividad, lejos de traducirse en una disminución del conjunto de tareas, implica la adición de otras nuevas. Constituye, en suma, una pieza fundamental en las dinámicas de explotación universitaria en el presente tardocapitalista.

#### 4. CUERPO Y APLICACIÓN

La aplicación informática es un elemento imprescindible de la burocracia actual por el carácter coextensivo que los dispositivos móviles han tomado respecto a nuestros cuerpos. Están siempre presentes y a disposición, manifestando así su doble capacidad de centralización de datos y deslocalización de operaciones. Pero la aplicación, ante todo, es un procedimiento que sigue unas reglas. En este sentido, la aplicación es un tipo de protocolo establecido y perfectamente normado: *es lo que se aplica*. A su vez, la aplicación es la herramienta mediante la cual se pone en marcha ese protocolo: *es para lo que se aplica*. La aplicación refleja la más desconcertante cualidad de la burocracia: es creativa y autorreferente al mismo tiempo. Es decir, aunque se dirija a satisfacer sus propios requerimientos, no se agota en ella, la excede e incrementa la realidad. El resultado, merece la pena insistir, es que nos vemos permanentemente rodeados de actos burocráticos con el fin de medir y aumentar la eficiencia de nuestras actividades, pero esta multiplicación de mecanismos auditores y garantías tiene el efecto acumulativo de absorber una buena porción de nuestra productividad para sí (en todo momento y en cualquier lugar), dejando el resto para la realización de aquello de lo que se supone había que dar cuenta.

Por otro lado, la relación entre burocracia y relato administrativo invita a preguntarse por el tipo de narración y percepción de sí que surge de la

postburocracia: la imagen de autocreación, de mecano deforme al que siempre le faltan cosas para ensamblar distintos componentes, pero también la expectativa de autorreparación. Como ciborgs que se examinan a sí mismos para diagnosticarse, las aplicaciones nos ofrecen la posibilidad de autoevaluarnos (aunque ese *auto* requiera su mediación). Y después se supone que debemos afanarnos en arreglar las deficiencias de nuestro sistema y reforzarlo con las piezas necesarias. ¿Quiénes somos frente a la automatización burocrática que detestamos y deseamos al mismo tiempo, de la que queremos huir pero de la que esperamos aceptación? ¿A menudo, no expresa el comando de “aceptar” una orden y una petición a la vez? ¿No hay algo de la ansiedad que estos procedimientos nos produce que podríamos explicar también por ahí? ¿No es el acceso permitido o denegado, el conseguir o no pasar pantallas y completar los trámites, una manera de diferenciar la inclusión o exclusión en el sistema? Asumir que se ha de actuar bajo el permanente temor del rechazo por insuficiencia y resignarse a la producción institucionalizada de desigualdad, ¿no amerita la calificación de humillación burocrática?

La acumulación de la mayor cantidad de información posible acerca de algo o alguien es uno de los propósitos inherentes a la burocracia, y con la mayor precisión que quepa. Esta demanda nos sitúa siempre en una posición incómoda, pues con frecuencia hay información sobre nosotros mismos de la que no disponemos, no podemos esgrimir prueba o que preferiríamos no tener que compartir sin, al menos, aportar alguna explicación adicional. Pero la racionalidad burocrática descansa sobre un principio formal de igualdad jurídica que no amiga bien con la excepción del caso particular o las circunstancias personales. Esa incompatibilidad es aún mayor allí donde la burocracia es rigurosamente impersonal y se vehicula a través de la aplicación, que acota con sus campos el espacio de lo decible. Pues bien, al menos en el ámbito universitario, estas tensiones cristalizan con especial claridad en los trámites informáticos que precisan del currículum. La estandarización de los currículos –que, como notara Fisher, ya se opone al principio de singularización–<sup>10</sup> enfrenta fuerzas contradictorias: opera un principio de selección según el cual debe mencionarse sólo aquello que resulte relevante para el perfil de la plaza a la que se aspira, pero también interviene un principio de acumulación según el cual cada *ítem* es una razón (de peso) más para justificar la elección. Por eso la elaboración de un

---

<sup>10</sup> Fisher cita la entrada de 2008 “Currículum mortis” del bloguero Savonarola para dar cuenta de los efectos ansiógenos de la evaluación “permanente y ubicua” (2017: 131). El control burocrático supone un socavamiento de la autonomía del trabajador.

currículum encierra un imposible: hacernos plena justicia y hacernos todo el bien posible. Tiene que ser verdad, pero también tiene que ser exageración, sin que las fronteras entre una y otra instancia estén siempre del todo claras. En caso de duda, ¿hacia dónde inclinarse? ¿Se es más justo con uno mismo y con la verdad de su carrera con una lectura rigorista de los méritos o con otra relativamente laxa? Amén de las implicaciones existenciales que todo balance acarrea, el acto burocrático de elaborar y presentar un currículum para su posterior evaluación exige una serie de decisiones que ponen a prueba presupuestos éticos profundos. Estamos hablando de nuestra relación con nosotros mismos, con actividades a las que hemos dedicado años, capacidad y esfuerzos y que en cierto modo nos definen; estamos hablando de nuestra relación con los demás, con las instituciones y personas en y con las que trabajamos; y, por si fuera poco, estamos hablando de nuestra relación con alguna idea de verdad.

Haber de decidir y no poder hacerlo refleja la otra tensión inherente a la elaboración curricular. En este sentido, la burocracia automatizada de los formularios y las aplicaciones informáticas conjuga también una contradicción parecida: nos produce la ansiedad del constreñimiento, de la opacidad de la evaluación y de la impertinencia de cualquier explicación o matiz (no nos deja ser nosotros mismos); pero nos produce el alivio de la parquedad, de no tener que expandirnos ni resolver posibles ambigüedades (nos deja no ser nosotros mismos).<sup>11</sup> El currículum, en lo que tiene de autoevaluación (funcionalidad, por lo demás, incorporada ya a muchas aplicaciones), muestra esa doble faceta que Fisher señaló: la autocrítica imperativa y el margen de mejora. El currículum, pues, es lo que hay, pero es lo que nos falta. De esa articulación sale más acción, nueva promesa de producción. Considerado el tipo de participación de los empleados (y aspirantes a empleados, podría añadirse) en los propios procesos de inspección y evaluación, el autor inglés concluye: “El resultado no es otra cosa que una versión posmoderna del confesionario de Mao: se les pide a los trabajadores una especie de autodegradación simbólica constante” (Fisher, 2017: 64s).

La autodegradación simbólica constante, el forzamiento de la propia imagen y narrativa de la trayectoria pasada y de la actividad presente para que se

---

<sup>11</sup> Bernat Padró enfatiza también los efectos performativos del currículum sobre la subjetividad: “En la institución universitaria, el CV es el dispositivo en cuya relación emerge el sujeto académico. En él se dan las tensiones entre los saberes y el poder. Porque el CV no es sólo un fajo de folios que da fe de los méritos académicos (...). El CV gestiona la economía de resultados del saber y conecta con el sujeto con la institución panóptica” (Padró, 2015: 112).

adecue a las demandas del formulario, precisa de un alto grado de abstracción, al punto que, en muy buena medida, podríamos interpretar el malestar burocrático como un efecto natural de la desmaterialización de los cuerpos. Así considerada, la aplicación supone un perfeccionamiento y una intensificación de ese alejamiento del caso concreto, pero ahora también del cuerpo concreto, que, es por lo demás, donde se encarnan las consecuencias de las exigencias y tribulaciones burocráticas. No sólo aquello que, en efecto, ocurre, sino también lo que lo que podría ocurrir o tal vez no llegue nunca a ocurrir.

Por poner un ejemplo, cualquier relación con la institución que no sea a título personal, cualquier ventana a un mínimo grado de profesionalización, por pequeña o precaria que sea, implica, antes que nada, la dilación burocrática. La espera es la condición constitutiva de la burocracia. En un agudo análisis de la relación entre espera y exasperación en el marco de la violencia burocrática, Edgar Straehle la presenta como forma indirecta de desactivar o neutralizar administrativamente el conflicto social y la protesta. El autor explica cómo la máquina burocrática sirve también para aumentar la vulnerabilidad, las relaciones de dependencia y la exclusión. En el ámbito concreto de lo académico, podemos verificar también estas observaciones de Straehle. Lo mismo recursos que solicitudes, tanto en las reclamaciones ante una injusticia como en los actos administrativos precisos para continuar y desarrollar una carrera académica, la espera no es una condición que afecte a todo el mundo de la misma manera. No se trata únicamente de paciencia, sino de la cantidad de tiempo, reservas y alternativas de la que se disponga: *no poder esperar* significa literalmente resignarse y *abandonar*.

Por otra parte, con relación a la espera, en la aplicación burocrática que nos brinda la tecnología hay, no obstante, un automatismo paradójico, pues si bien puede producir la comunicación inmediata de los avances y los pasos (así como cambios de estado, pantalla, modificación de datos, etc.), esa instantaneidad no tiene por qué afectar a la resolución efectiva del trámite y la espera. Espera que, por lo demás, se torna productiva mediante la generación de nuevos trámites en previsión de una respuesta negativa de los que están en curso. Por si acaso. La lógica burocrática no admite vacíos. En la medida en que toda actividad debe ser registrada para su posterior capitalización, la burocracia otorga la posibilidad de argüir que se ha estado activo. Por eso los tiempos de espera han de rellenarse con la elaboración de nuevos proyectos cuya resolución dará lugar a ulteriores esperas durante las cuales elaboraremos nuevos proyectos que acompañaremos de más méritos. Para la inmensa mayoría, crear proyectos está en el centro de nuestra comprensión no sólo de la burocracia, sino de la condición de posibilidad de la profesión.

## CONCLUSIÓN

Tras décadas de gobernanza neoliberal, la universidad se encuentra en un momento histórico inédito, en el que confluyen factores sociales, políticos, económicos y culturales que ejercen una enorme presión sobre un sistema muy cuestionado desde dentro y desde fuera. Persisten ciertos hábitos del pasado, no necesariamente negativos, al tiempo que se han incorporado reformas no necesariamente positivas. Pero también continúan reflejos de las viejas inercias seculares que se han visto perfeccionadas con procedimientos técnico-burocráticos cuya eficacia a menudo parece inversamente proporcional a criterios de justicia, igualdad y libertad intelectual. No puede sorprendernos que el progresivo alineamiento de la investigación y la educación superior con los fines y métodos de la comprensión hegemónica de lo que significa la voz “mercado” tenga como consecuencia la generación de un enorme descontento y malestar, tanto entre el estudiantado como entre el colectivo académico en general. No deja de resultar paradójica la multiplicidad de ambivalencias que podemos asociar a la burocracia, un modo de organización social de la realidad cuya pretensión máxima es precisamente la univocidad. Una mirada no formalista sobre la burocracia permite reconocer excedentes no unívocos ni estables como producto de su intervención. Por lo que se refiere específicamente al malestar, la burocracia es fuente de insatisfacción, pero a la vez parte esencial del afrontamiento institucional de cualquier disfunción que se detecte, incluidas las que ella misma produce. De este modo, en el marco de la reducción burocrática del mundo a cómputo gestionable, el propio malestar no constituye una excepción.

En este trabajo hemos enfatizado el carácter coactivo de estas transformaciones y veremos cómo puede llegar a exceder el límite de la violencia simbólica y producir afectaciones corporales concretas. Analizado el fenómeno a través del principio de adaptación, vemos cómo el burocratismo, lejos de constituir un accidente, resulta una práctica y una disposición perfectamente funcional a un sistema que, también en el ámbito académico, prima la extracción de valor como estrategia competitiva. No en vano, una de las características más llamativas del neoliberalismo es su capacidad para integrar productivamente los padecimientos de la subjetividad. La lógica de la explotación y aprovechamiento máximo de los recursos convierte la angustia y la ansiedad en combustible para la producción –también la producción

investigadora— hasta el agotamiento. La burocratización del mundo, de la vida académica, despliega su lógica a costa de ignorar la realidad material de los cuerpos implicados en sus procesos. En el límite, la postburocracia, en lo que además tiene de transferencia al sujeto de los trámites que, aunque no los desee y llegue a percibirlos como inútiles o hasta nocivos, debe realizar él mismo, supone un mal autoinfligido. Según hemos mostrado, las aplicaciones informáticas son esenciales a este desplazamiento.

Bajo estas condiciones, hemos defendido la conveniencia de un análisis de la burocracia que supere el recuento etnográfico de sus malestares para comprender la racionalidad específica de su funcionamiento y las actitudes y respuestas adaptativas que produce. Entre éstas, muy especialmente, el burocratismo.

## BIBLIOGRAFÍA

AHMED, S. (2022): *¡Denuncia! El activismo de la queja ante la violencia institucional*, trad. Tamara Tenenbaum, Buenos Aires, Caja Negra.

BERNARDO, Á.: *#Acoso. MeToo en la ciencia española*, Next Door Publishers, Pamplona, 2021.

BOURDIEU, P. (2008): *HOMO ACADEMICUS*, TRAD. DE ARIEL DILON, BUENOS AIRES, SIGLO XXI.

BOURDIEU, P. (2012): *Sobre el Estado. Cursos en el Collège de France (1989-1992)*, Trad. Pilar González Rodríguez, Barcelona, Anagrama.

DUEÑAS CASTRILLO, A. (Dir.), MACHO CARRO, A. y ANDRÉS LLAMAS, M.A. (Coords.) (2022): *La Precariedad en la Universidad Española. Un estudio en primera persona*, Zaragoza, Fundación Manuel Giménez Abad.

FISHER, M. (2017): *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?* Trad. Claudio Iglesias, Buenos Aires, Caja Negra.

GRAEBER, D. (2015) *La utopía de las normas. De la tecnología, la estupidez y los secretos placeres de la burocracia*. Trad. de Joan Andreano Weyland, Barcelona, Ariel.

HIBOU, B. (2015): *The bureaucratization of the world in the neoliberal era: international and comparative perspective*, Trad. Andrew Brown, New York, Palgrave Macmillan.

- LÓPEZ ALÓS, J. (2019): *Crítica de la razón precaria. La vida intelectual ante la obligación de lo extraordinario*, Madrid, Los Libros de la Catarata.
- LÓPEZ ALÓS, J. (en prensa): *Homo postacademicus. De la reproducción a la supervivencia*. Granada, Universidad de Granada.
- MASSÓ GUIJARRO, E. (2022). “Hacer visible el 'mobbing' en la universidad”, en *Claves de la Razón Práctica*, n. 281, pp. 78-85.
- MERTON, R. K. (1995): “Estructura social y anomia”, en *Teoría y estructura sociales*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, pp.209-239.
- PADRÓ, B. (2015): “El CV como dispositivo de subjetivización”, en *Puentes de crítica literaria y cultural*, nº4, pp. 110-113.
- SENNETT, R. (2006): *La cultura en el nuevo capitalismo*, Trad. Marco A. Galmarini, Barcelona, Anagrama.
- STIEGLER, B. (2023): *Hay que adaptarse. Tras un nuevo imperativo político*, Donostia, Kaxilda.
- STRAEHLE, E. (2015): “En torno a la violencia burocrática: Observaciones acerca de uno de los rostros de la violencia contemporánea”, en *Anuari del conflicte Social 2014*, nº4, pp. 427-455. Recuperado de <https://revistes.ub.edu/index.php/ACS/article/view/12292>
- UGT (2025): *Encuesta estatal: impacto de la burocracia en la profesión docente*. Recuperado de [https://ugt-sp.es/wp-content/uploads/Informe-resultados\\_burocracia-2025.pdf](https://ugt-sp.es/wp-content/uploads/Informe-resultados_burocracia-2025.pdf)
- WEBER, M. (1969): *Economía y sociedad*, Trad. J. Medina Echevarría et al., México D.F., Fondo de Cultura Económica.

Recibido: 25.07.2025

Aceptado: 15.11.2025

**Javier López Alós** es doctor en Filosofía, investigador no adscrito y escritor. Su último libro es *Homo postacademicus. De la reproducción a la supervivencia* (Universidad de Granada, en prensa), con el que cierra la trilogía iniciada con *Crítica de la razón precaria. La vida intelectual ante la obligación de lo extraordinario* (2019, Premio Catarata de Ensayo, edición francesa en 2023) y continuada en 2021 con *El intelectual plebeyo. Vocación*

*y resistencia del pensar alegre*. Es autor además de numerosos trabajos académicos sobre historia de las ideas, como *Entre el trono y el escaño. El pensamiento reaccionario español frente a la Revolución liberal (1808-1823)*. Tras trabajar como investigador visitante y profesor en la Universidad de Leeds, combina la escritura con actividades docentes y de divulgación crítica en diversos ámbitos. En esta línea, en 2025 publicó *Por qué pensamos lo que pensamos* (Arpa), con Vicent Botella. [lopezalos@gmail.com](mailto:lopezalos@gmail.com)